

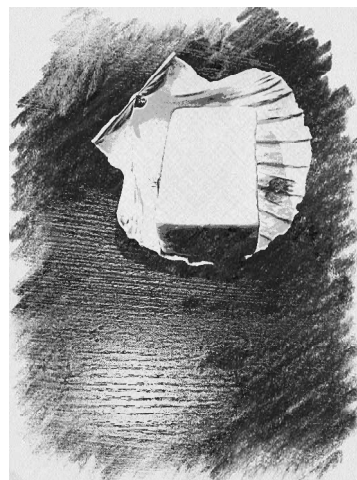


Jorge Blanco Villena

**D**e tanto sufrir, había ahogado poco a poco sus pasiones. Le parecía arriesgado sentir, era abrirse a un nuevo golpe que quién sabe dónde iba a dolerle. Por eso los vecinos, algunos amigos que aún frecuentaban su charla, comenzaban a decir que se había vuelto mustia. Ella había destacado hasta muy poco tiempo atrás por su capacidad para arrancar sonrisas, por su tremenda habilidad para que cualquiera le abriera la conciencia y confiara en ella ciegamente. Ahora el misterio que rodeaba su melancolía daba paso a conversaciones sin rumbo ni punto de llegada, a llamadas telefónicas que se desvanecían en un silencio insoportable, a períodos tras los que solo un sentimiento de culpa, cada vez más tardío, movía a los conocidos a preguntar por ella. Por no sentir, no sentía ni el paso del tiempo.

Había algo que le recordaba sin embargo que no estaba sola: Un chal de lana, que poco a poco se desmadejaba de puro viejo, y un gato callejero, que una tarde se coló por la ventana y adoptó la costumbre de arrebujarse en su regazo. Ni lo uno ni lo otro representaban nada para ella, pero los tres se comportaban como si su convivencia se hubiera convertido en algo imprescindible. Cada tarde se repetía el mismo ritual, mientras ella perdía la mirada en el pedazo de cielo que le llegaba de la claraboya, hasta que empezaba a ver chiribitas. El gato sabía dónde estaba la fuente de las sobras y el chal cumplía sin más su programa de desgaste acompasado, como las campanadas de un reloj antiguo, de modo que ella no tenía que tomar decisión alguna para que todo transcurriera igual. Al cabo de un periodo indefinible, llegó a sentir que no era más que una mota de polvo suspendida en la indiferencia de lo inerte.

Un fenómeno, sin embargo, empezaba a excitar tímidamente su curiosidad, causada más que nada por la falta de novedades, en la que cualquier detalle podía llamar la atención. Había descuidado, por supuesto, la higiene y el cuidado corporal y, no obstante, le llegaba de su piel el aroma del jabón que había usado siempre, sin que el olor perdiera la misma intensidad. Incluso le parecía percibir que la fragancia se afianzaba en el aire que respiraba rutinariamente. ¿Había perdido la razón? Se descubrió desnuda, solo cubierta por el ajado chal de evocaciones confusas, que ajustaba a sus hombros desamparados. ¿Seguía siendo joven? En sus piernas, la herida del tiempo se había mostrado



extrañamente benévola y el vientre, que entonces vibraba con el runruneo del gato, también poseía una lisura sin accidentes. ¿Pero quién recordaría, a estas alturas, su belleza?

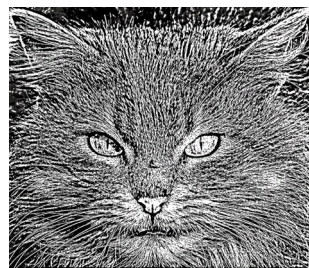


Justo cuando se estaba formulando esa pregunta, sin ánimo alguno de encontrar respuesta, pero hilando las ideas como quien siente la necesidad de transitar un camino que no sabe dónde conduce, ocurrió lo inesperado. Alguien, después de comprobar que el timbre no funcionaba y, convencido de que ella se encontraba dentro de la casa, golpeó la puerta con insistencia.

Sumida en la inanidad que recreaba, tardó en percatarse del primer golpe, pero aquello tampoco tenía demasiada importancia. Acomodó los trasquilones de lana para que no molestaran al gato y decidió esperar sin moverse del sillón. El animal, empero, se puso alerta, aunque debía percibir el peligro un tanto lejano, porque no abandonó el lecho blando de su protectora. A ella no le extrañó la reacción del gato, el pobre animal no tenía ni idea de lo que significaba aquello. No sabía que era algo que tarde o temprano tenía que ocurrir y que, llegado el momento, lo mejor que podían hacer es quedarse quietos. Así que ella hizo el esfuerzo adicional de acariciarle el lomo, para hacerle comprender la inutilidad de su instintiva reacción de defensa.

El segundo estruendo sonaba a madera quebrada, a violencia sin control, a una ira congénita que más pronto que tarde debía aparecer, a la furia propia de aquellos que solo conciben poseer o ser poseídos, al terror que se alojaba en el pecho en cuanto se percibía el gesto asiduo del censor, una mueca grotesca y estudiada, una mueca que inoculaba en la víctima un líquido paralizante que la incapacitaba para pedir ayuda. Entonces ella intentó transformar toda la pesadilla en una especie de recuerdo infantil, convencida de que por mucho que pudiera impresionarla aún tanta iniquidad, había asumido ya, en cada parte de su cuerpo lacerado, el final de la historia.

El gato dio un salto con el pelo encrespado, y huyó por la claraboya. Ella se alegró de que su compañero se salvara de la quema, por él y por ahorrarse el procurar al fugitivo a tiempo esa salida. Lo que le ocurriera a ella ya no importaba, lo mejor que podía suceder es que fuera rápido. Cruzó las piernas y apoyó la cabeza sobre la oreja del sillón, como si el inminente drama que iba a protagonizar lo advirtiera desde fuera de sí y le ocurriera a otra víctima que no fuese ella. Le



sorprendió en parte cómo aquella postura de su cuerpo se hacía creíble para la conciencia omnisciente, pero también sabía que esa conciencia suya se estaba dejando engañar, que esa conciencia suya se había rendido ya.

El tiempo para cualquier desenlace se acortaba a medida que se desguazaban los cuarterones de la puerta. Ella dedujo por el sonido peculiar de cada envite que los golpes eran perpetrados por algo punzante o cortante, como un pico o un hacha, y que esa sería el arma que acabaría con su vida. Fue entonces cuando miró hacia la puerta de la calle, por cuyo boquete se veía parte de la escalera. Ningún vecino podría avisar a tiempo a la policía, era inútil. La virulencia del censor le confería una capacidad de matar rápida y efectiva, sin olvidar que, de ser detenido después del crimen, el castigo que recibiría sería simplemente volver a la misma prisión donde había purgado ante la sociedad sus primeras barbaridades.



Era grotesco, sí; pero quería volver a la pisar los caballones de la abuela Mariana, llenarse las botas de barro, arrancar hierbajos y morirse de la risa. En la misma tierra donde la abuela Mariana dormía ya arropada por los recuerdos que ahora ella exhalaba sin soltar una lágrima porque no, no era el momento. Necesitaba traerla junto a ella, ajustarse el mismo chal con el gesto que la anciana repetía en cada ocaso,

entre el verano y el otoño, mientras la reprendía por no dejar de jugar con la tierra mojada. La abuela Mariana te contagiaba la risa, te hacía congestionarte entre nerviosa y divertida, y la vitalidad estallaba en tus ojos abiertos, muy abiertos, llenos de sorpresa. La abuela Mariana no sabía regañarte, no podía hacerlo. Ella misma acababa doblándose por las carcajadas, al tiempo que se metía en la cocina, para preparar la cena. ¿A qué venía un recuerdo tan vivo, tan fuerte que había dejado de escuchar cómo destrozaban la puerta? ¿Acaso se estaba preparando para reunirse con la abuela?

Un escándalo de resonancias metálicas preludiaba el final. La cerradura había sucumbido a tanta violencia y la puerta no suponía ya ningún obstáculo para consumir el crimen. Ella reclinó la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y respiró hondo. Al llanto de las bisagras siguió un extraño silencio, una calma ácida, que intentaba vencer la resistencia a desviar de nuevo la mirada hacia la puerta. ¿Por qué no se acercaba de una vez y la mataba? ¿Se estaba recreando en la contemplación de su

presa? ¿Estaba intrigado por el cuadro que se había encontrado en esta ocasión? Era desde luego una última prueba para ella, más dura que las anteriores, porque además el aroma de ese jabón, que no utilizaba ya, la envolvía como una red invisible, casi la estrangulaba de melancolía, pero debía ser fuerte, era lo mejor, mantener la entereza y acabar aquello con dignidad. ¡Por qué no se acercaba de una vez! ¡Por qué no empuñaba el pico o el hacha que traía, por qué no se lo clavaba en el lugar más vulnerable, siquiera para desfallecer sin apenas sentirlo! ¿Por qué era tan real aquel olor, cuando la última pastilla de jabón se había derretido abandonada, hacía más de un mes?

Tampoco quiso mirar a la cara al verdugo, para que no fuera esa la última imagen de su vida. Ese verdugo que, seguro, se estaba acercando sin hacer ruido. ¡Cómo si fuera posible sorprenderla! Pensó entonces que el pedacito de cielo que se veía por la claraboya sí era digno de la última contemplación y abrió los ojos enfocando únicamente la orgía de nubes que adornaba el azul intenso.

La suavidad del tacto que sintió en el cuello, esa suavidad inesperada y desconcertante, impidió que se sobresaltara. Tardó unos instantes de hielo en asumir la mano que le enredaba el pelo, los dedos diminutos que se internaban en su piel surcándola, esparciendo nuevas ráfagas de aquel jabón que unía a las dos pieles. Al fondo, con la vista nublada, el frustrado matarife se desgañitaba en súplicas de perdón que no escuchaba ninguna de las dos. Ella se abandonó a su cuerpo despertado, a su regazo lleno de aquella vida que de pronto la iluminaba y, levantándose con una energía inverosímil, alzó a la niña hasta su pecho, dejando escapar un sollozo animal que confundió a la pequeña, justo cuando ella se dio cuenta de que había vuelto a la emoción, que ahora sí podía sentir, que era el momento de llorar, de llorar, de llorar...

